

## LA CIUDAD PLATÓNICA

Si se considera el espíritu general de las *Leyes*, tanto como los detalles, se comprueba que la última obra de Platón traduce un deseo incontestable de tener la más grande cuenta de los hechos y de adaptar a la realidad la organización política y social propuesta. El gran idealista ha ensayado devenir realista tanto como le permitía su naturaleza. Esta conversión tiene sus límites y se acompaña a veces de un sentimiento doloroso de la imagen radiosa anteriormente entrevista; se explica sin duda por la voluntad de hacer la mayor de las concesiones posibles a la realidad; a fin de poder actuar sobre ella; y por eso Platón muestra bien que lejos de tener el temperamento de un puro teorizante, consideraba la acción como el fin último de sus esfuerzos políticos.

Quizá la edad ha contribuido a determinar esta conversión o en todo caso a favorecerla. Parece natural que ciertas concepciones se encuentren modificadas por la experiencia adquirida de los hombres y de las cosas, y por la de los hechos que constituyen como tantos argumentos que vienen a contradecir las conclusiones a las que se había primitivamente llegado, prematuramente, con un apresuramiento excesivo de concluir. Se puede siempre pensar también en una madurez de espíritu mayor todavía, desarrollada por el estudio y la investigación constante, practicada con los discípulos y que permite ver mejor los problemas, y por tanto resolverlos mejor.

Pero sobre todo, es necesario creer en la gran probidad intelectual de Platón. Sin decirlo —y sin duda le costaba mucho decirlo y no tenemos el derecho de exigirle de él— no podía dejar de reconocer lealmente en sí mismo, que en ciertos puntos se había engañado o, por lo menos, había exagerado, lo que es también una manera de engañarse. Le pareció que no tenía el derecho de persistir en una actitud que no hubiera sido más que una obstinación estéril y que hubiera estado en contradicción con este inmenso deseo que le animaba de hacer la felicidad de la sociedad política. Puesto que los hechos no le daban razón es verdad que él no la tenía

y se inclinaba. No que sus principios fundamentales fuesen irremediablemente malos —esto él no podía reconocerlo y jamás lo reconoció porque no lo pensaba— pero se había engañado en la medida en que se había hecho del hombre una idea inexacta, muy alta quizá, fundada en todo caso en un conocimiento insuficiente de la naturaleza humana y de lo que hay de inmutable en ella; en la medida, en suma, en que había creído capaz al hombre de someterse a una organización política y social que no estaba hecha para él.

Cuando Platon está pronto a aceptar una tercera ciudad, una ciudad más alejada todavía de lo que estaba la ciudad segunda de las *Leyes* de la ciudad ideal descrita en la *República*, prueba que es capaz de ir más lejos en la vía de las concesiones, si es necesario, de manera que un minimum solamente subsista de sus teorías primeras; en otros términos, da la medida de su buena voluntad. Pero al mismo tiempo deja aparecer los escrúpulos del hombre que se aplica a interrogar todavía y que no estando del todo seguro de haber concedido bastante a la realidad, se muestra dispuesto a concederle aun más. Si no hubiera dado más que esta última lección de sabiduría, Platón ya sería digno de obtener esta residencia que él asigna a los sabios en las Islas Bienaventuradas.

JEAN LUCCIONI.  
*La pensée politique de Platon.*  
P. U. F., Paris, 1958.

## HISTORIA CIENCIA DEL HOMBRE

No es éste el momento de investigar cómo, en qué medida y en qué puntos precisos la historia —aunque nacida apenas para la vida general de las ciencias— puede encontrarse afectada por estas grandes transformaciones de ideas. Si no un libro, sería preciso un curso. Contentémonos con advertir que es imposible concebir una historia perfectamente inmóvil en sus viejas costumbres, en medio de tales vuelcos. ¿Cómo no sentir la necesidad de volver a acordar nuestras ideas y nuestros

métodos con otros? ¿Cómo, para emplear la expresión, no reconstruir, cuando aparecen grietas por todas partes?

Reconstruir, pero ¿sobre qué fundamento? No busquemos demasiado lejos: sobre el fundamento sólido de lo que es preciso llamar la Humanidad.

Historia ciencia del hombre, ciencia del pasado humano. Y no ciencia de las cosas, o de los conceptos. ¿Las ideas fuera de los hombres que las profesan? Las ideas, simples elementos entre muchos otros de ese bagaje mental de influencias, de recuerdos, de lecturas y conversaciones que cada uno de nosotros lleva consigo. ¿Las instituciones, separadas de quienes las hacen y, a la vez que las respetan, las modifican sin cesar? No. No hay historia, e historia en el sentido más amplio, que no sea historia del hombre. Cuando James Darmesteter escribía *La vida de las palabras* y tomaba por héroe el Lenguaje, es sabido con qué vigor Michel Bréal denunciaba su ilusión.

Historia ciencia del hombre. Entonces, los hechos, sí, pero son hechos humanos. La tarea del historiador, redescubrir los hombres que los han vivido y los que luego se alojaron en ellos con todas sus ideas, para interpretarlos.

Los textos, sin duda, pero son textos humanos. Y las palabras mismas que los forman rebosan de sustancia humana, y tienen todas ellas su historia, y suenan diversamente según los tiempos, y aun cuando designan objetos materiales, sólo raramente significan realidades idénticas, cualidades iguales o equivalentes.

Los textos, sin duda, pero todos los textos. No, tan sólo esos documentos de archivo en cuyo favor se ha creado un privilegio — el privilegio de sacar de ellos, como decía el físico Boisse, un nombre, un lugar, una fecha; una fecha, un lugar, un nombre — todo es saber positivo, concluía, del historiador poco preocupado por la realidad. Pero un poema, un cuadro, un drama, documentos, testigos de una historia viva y humana, saturados de pensamiento y de acción en potencia...

Los textos, evidentemente, pero no únicamente los textos. También los documentos, cualquiera sea su naturaleza; los que se utilizan desde antiguo, sobre todo los que nos procura el esfuerzo afortunado de disciplinas

nuevas, de la estadística, de la demografía que sustituye a la genealogía en la medida justa en que Demos reemplaza en su trono a reyes y príncipes, de la lingüística que proclama con Meillet que todo hecho lingüístico es a la vez un hecho de civilización, de la psicología que pasa del estudio de los individuos al de los grupos o las masas, ¿de cuántas otras todavía? Hace milenios, en los pantanos lodosos del norte cayó el polen de ciertos árboles. Y hoy un Gradmann, examinándolo al microscopio, extrae de él el fragmento de esos estudios apasionantes acerca del poblamiento antiguo que la ciencia del *habitat* humano debe confesarse impotente para llevar a término, aún agregando a los datos de los textos el estudio de los nombres de lugares o el de los vestigios arqueológicos. Este polen milenario es un documento histórico; con él la historia hace su miel. La historia que se edifica, sin exclusión, con todo lo que la ingeniosidad de los hombres puede inventar y combinar para suplir el silencio de los textos, las devastaciones del olvido...

Negociar perpetuamente alianzas nuevas entre disciplinas cercanas o alejadas; concentrar sobre un mismo tema el haz de varias ciencias heterogéneas, tarea primordial y la más urgente y la más fecunda para una historia impaciente frente a las fronteras y los cercados.

¿Préstamos de nociones? A veces, pero ante todo préstamo de métodos y actitudes espirituales. ¿Obra de buscadores aislados, que piden para sí el apoyo de sus vecinos? Tal es hoy la regla; mañana será sin duda obra de trabajadores de educación distinta que se unen en equipos para sumar sus esfuerzos: el físico, supongo, plantea el problema, el matemático aporta su virtuosidad para manejar el lenguaje científico, un astrónomo por último busca en el campo inmenso del cielo los astros que es preciso elegir, observa y controla. Ese trabajo no será ya tan profundamente la emanación de un hombre; ha de ganar en eficacia lo que habrá perdido en personalidad. Quiérase o no, el tiempo del artesanado se pone lentamente sobre nuestro horizonte, y como tantos otros, el pequeño artesano científico que somos todos nosotros, por el que sentimos afecto hasta en sus defectos y manías, el pequeño artesano que lo hace todo él mismo y por sí mismo, crea su instrumental, su campo

de experimentación, sus programas de investigación, va a reunirse en el pasado con tantas bellezas muertas. Pero una belleza distinta se dibuja sobre la tierra.

Colaboración de hombres, concordancia de métodos, analogía de desarrollos. De una sección de la filología, la filología comparada, nacida por su parte del descubrimiento del sánscrito en el siglo XVIII, se desprendió una ciencia nueva, la lingüística. Ahora bien, antes de ordenarse hacia el sentido estático de los hechos lingüísticos, abstracción hecha de la historia de las lenguas, la lingüística se consagró casi únicamente a ésta. Evolución que prefigura muy de lejos y muy rudimentariamente la que realizará un día la historia, cuando pase del estudio global de los conjuntos históricos —pueblos y naciones, si se quiere— al estudio estático de los hechos de historia, bajo una forma que no es posible determinar por anticipado (puesto que es ante todo función de los progresos futuros de las ciencias vecinas). Por el momento hemos de asignarle modestamente la única tarea de plantear problemas humanos. Por preocupación de humanismo, ante todo, y por presentimiento de lo que podrá ser un día la historia: ciencia de los hechos de historia.<sup>1</sup>

LUCIEN FEBVRE.  
(1878-1957)

## CRÓNICA

### EL ARTE "ABSTRACTO" Y EL ARTE "ABSOLUTO"

Cuando el Arte, en su esfuerzo hacia una pureza total, ha avanzado tan lejos que rechaza el objeto figurable como impuro, desemboca en una encrucijada. Una rama del arte "no figurativo" quiere aún ofrecer, bajo formas abstractas, una significación objetiva, la otra se rehusa. En la práctica, es verdad, las dos corrientes se

1. Estas páginas reproducen un fragmento de la lección inaugural pronunciada por Lucien Febvre en el Collège de France, traducida por el doctor Tulio Halperin Donghi para el Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional del Litoral, de donde lo tomamos.

interpenetran a menudo. La pintura antigua, en todas las épocas ha representado objetos extraídos de un mundo real, de lo visible o de lo invisible o de otros nacidos de su conjunción. Es posible que los objetos que se ven en el cuadro tengan una significación que no aparece de manera inmediata y ello es así en la mayoría de los casos aun cuando ya no la discernamos hoy. Hay una pintura figurativa con significación y otra sin significación. Un ejemplo común: en un cuadro, una mujer con su niño en las rodillas. Esto puede significar la Virgen y el Niño Jesús, o la Reina y el Delfín, o la Caridad. En el primer caso se tratará de una pintura religiosa, en el segundo de un retrato, en el tercero de una alegoría. (Hay también cuadros como *Los Ciegos* de Breughel o *El pintor y su modelo* de Vermeer, que pueden comportar muchas significaciones.) Pero el problema es enteramente otro si no hay nada que buscar en el cuadro sino pura y simplemente lo que allí está efectivamente representado y visible: una mujer con un niño. En fin, es absolutamente diferente si el objeto "mujer y niño" no es más que un pretexto para mostrar simplemente, por ejemplo, una "composición en azul y blanco". Se encuentran diferencias análogas en la pintura no figurativa.

Cuando lo que es aparente en un cuadro tiene una significación no aparente, es esencial del punto de vista artístico que haya allí una correspondencia recíproca entre la representación y esta significación. Como Kandinsky afirmó vigorosamente en 1912: no es el dominio de la forma lo que constituye la tarea del artista sino la adaptación de la forma al contenido o, más precisamente, de la forma visible a la significación escondida. Es ésta una máxima que el arte antiguo hubiera podido también suscribir sin vacilación.

Pero ahora una cuestión se plantea: ¿una tal adaptación de la forma y de la significación, de lo visible y de lo invisible es aún posible en el arte no figurativo? ¿Y en qué condiciones?

Una combinación de triángulos azules y de un disco amarillo puede bien comportar alguna cosa de lo que caracteriza para la vista una noche de luna —alguna cosa de "lunar" y de "nocturno"— y tiene, pues, el de-

recho, del punto de vista artístico, de figurar en el catálogo con esta denominación. Pero en este caso hay restos de figuración que orientan bastante claramente hacia la significación encarada; tienden como un puente entre lo que es visible y la significación que, en tanto como tal, no lo es. La luna es "amarilla" y "redonda" y la noche es "azul". Los triángulos azules son como montañas en la noche o como techos de casas. Pero si en lugar de un círculo hubiera un cuadrado, la transferencia no se haría y no serviría de nada que el autor asegurara —subjetivamente y aún verídicamente— que él ve, él, la luna cuadrada al contrario del sol. Esta visión subjetiva y su proyección plástica no se impondría más que a aquel que gozara de una visión semejante. Para todos los otros el cuadro sería como un documento cifrado del que no podrían encontrar la clave ni en ellos mismos ni en el mundo. Se verían obligados a pensar que el autor les significa "que él no tiene nada que decir a quien no encuentra y siente en sí la misma cosa que él; dicho de otra manera, que él pisotea lo que es la raíz misma de la naturaleza humana. Pues lo propio de ésta es tender a un acuerdo total con los otros" (Hegel). La renuncia a todos los "vehículos" objetivos convierte al cuadro, en una amplia medida, en subjetivo.

En resumen, las obras válidas del género "arte abstracto sin significación" no se pueden concebir si no se cree todavía en una correspondencia objetiva entre las formas visibles y las significaciones que le son adecuadas, entre el mundo de lo visible y el de lo invisible, ¡mejor! si se sabe en qué consiste y si se conocen las relaciones analógicas que existen entre el mundo de los sentidos, el mundo espiritual y el mundo intelectual. Mas en tanto que se posee todavía esta fe y este conocimiento, se persigue un plano nuevo, el mismo fin que el arte antiguo. Estas correspondencias no pueden expresarse plásticamente sino cuando los restos de significación objetiva crean el "puente" necesario. Tal es por ejemplo el caso de casi todas las obras de Kandinsky de la primera manera y la mayoría de las de Klee. No son todavía, en efecto, obras realmente no figurativas, no es aún la pintura completamente "pura" sino un caso límite entre

la pintura figurativa y la no figurativa. En esta zona intermedia ha nacido la mayoría de las obras verdaderamente importantes y humanas de la pintura y la escultura llamadas abstractas.

HANS SEDLMAYR.  
"La Table Ronde". Pion, Paris, enero de 1959.

#### LA PSICOLOGÍA FENOMENOLÓGICA

Si la psicología fenomenológica se distingue por todos sus caracteres de la psicología de la introspección, es porque difiere de ella en principio. La psicología de introspección señalaba, al margen del mundo físico, una zona de la conciencia en la cual los conceptos físicos no tienen más validez, pero el psicólogo creía aún que la conciencia no es más que un sector del ser y decidía explorar este sector como el físico explora el suyo. Trataba de describir los datos de la conciencia, pero sin cuestionar la existencia absoluta del mundo alrededor de ella. Con el sabio y con el sentido común, sobreentendía el mundo objetivo como cuadro lógico de todas sus descripciones y centro de su pensamiento. No advertía que este presupuesto imponía el sentido que él daba a la palabra "ser", lo impulsaba a realizar la conciencia bajo el nombre de "hecho psíquico", lo apartaba así de una verdadera toma de conciencia o del verdadero inmediato y tornaba irrisorias las precauciones que él multiplicaba para no deformar el "interior". Es lo que le sucedía al empirismo cuando reemplazaba el mundo físico por un mundo de hechos interiores. Es lo que le sucede también a Bergson en el momento mismo en que opone la "multiplicidad de fusión" a la "multiplicidad de yuxtaposición". Pues aún allí se trata de dos géneros del ser. Solamente se ha reemplazado la energía mecánica por una energía espiritual, el ser discontinuo del empirismo por un ser fluente, pero del cual se dice que se escurre, y al cual se describe en tercera persona. Dando por tema a su reflexión la *Gestalt*, el psicólogo rompe con el psicologismo, ya que el sentido, la conexión, la "verdad" de lo percibido no resulta ya del encuentro fortuito de nuestras sensacio-

nes, tales como nuestra naturaleza psicofisiológica nos la da, sino que determinan los valores espaciales y cualitativos y son la configuración irreductible de ellas. Es decir que la actitud trascendental ya está implicada en las descripciones del psicólogo, por poco que ellas sean fieles. La conciencia como objeto de estudio ofrece esta particularidad de no poder ser analizada, ni siquiera ingenuamente, sin llevar más allá de los postulados del sentido común. Si, por ejemplo, uno se propone hacer una psicología positiva de la percepción, admitiendo que la conciencia está encerrada en el cuerpo y sufre a través de él la acción de un mundo en sí, uno es llevado a describir el objeto y el mundo tales como aparecen a la conciencia y por ello, a preguntarse si ese mundo inmediatamente presente, el único que conocemos, no es también el único del que se puede hablar. Una psicología es conducida siempre al problema de la constitución del mundo. La reflexión psicológica, una vez comenzada, se supera, pues, por su propio movimiento.

MAURICE MERLEAU-PONTY.  
*Phénoménologie de la perception.*  
Lib. Gallimard, 1945.

Traducción de Susana M. Moretti de Mallol.

#### QUÉ ES EL MAESTRO Y CÓMO DEBE SER

A veces, y en la mayoría de los casos, cuando alguien dice ser maestro no se lo tiene mayormente en cuenta. La gente está acostumbrada a tratar con maestros, vive al lado de ellos, y por eso no se detiene a considerar lo que hacen o lo que podrían hacer.

Maestro es el que siembra para que la sociedad coseche, el que dirige a la comunidad hacia el bien y el que hace ver a las mentes comunes que todos son maestros, cuando la inteligencia del hombre dirige o autodirige, como son maestros el pájaro, la hoja, la lluvia, la tierra. Y es el maestro, el buen maestro, el que debe alentar a ese pequeño grupo de almas que componen su distrito o región, y trabajar activamente.

Se debe aspirar a la acción dentro y fuera de la escuela, y con la ayuda del tiempo se lograrán excelentes

resultados. Una escuela pasiva es un constante rumor, clases con presentación de láminas y lenguaje automático que facilitan el aburrimiento de los alumnos.

Entonces es cuando la fibra educadora se revela y entra en acción: "sólo en trato activo con el mundo, el hombre se encuentra a sí mismo", y a eso debe aspirar el educador consiente de tener en sus manos "el ejército más grande del mundo, una legión de esperanza, de trabajo, paz e inteligencia", como dijo John Dewey.

Y aparecen en las desnudas paredes de una escuela trabajos hechos por los mismos alumnos, dibujos, mapas, diarios, resúmenes, cuentos y problemas. Y se encuentra allí la sana alegría del bullicio, de querer saber por sí mismos, de superarse, y en el desorden dirigido se aprecia la enseñanza de todas las materias y principalmente la de moral. Se logra un hábito hacia el bien en todos los alumnos, compañerismo, sinceridad, ayuda desinteresada, cariño, respeto, amor a la naturaleza.

Debemos salir de las cuatro paredes del salón de clase y activar los sentidos del niño, practicar con ellos para que la palabra no resbale sino que quede grabada en el fondo mismo de las inteligencias. Pero, para ello, se debe *trabajar*.

Una de las cosas que no debería faltar en el archivo escolar son las fichas psicopedagógicas de cada niño. Mediante sus preguntas-guías, el maestro que no concuerda a la escuela diferenciada puede aplicar los tests indispensables para ahondar en el espíritu del educando, campo virgen donde se deben extirpar las malas yerbas, para dejar abrirse las flores de una perenne primavera.

Por supuesto que el buen maestro no necesita tests para catalogar dentro de tal o cual tipo a sus alumnos. Intuitivamente, por medio de las preguntas que a diario se formulan, de la observación y la comparación, sabrá cómo debe dirigirse a cada niño, cómo corregirlo, cómo ayudarlo a triunfar; sabrá ser, incluso, el que advierta a los médicos, oculistas, psicólogos, en aquellos casos que, sin su ayuda, permanecerían ignorados hasta la imposibilidad de curación. Pero como no siempre un maestro acompaña a un número de alumnos en los siete años que dura el ciclo primario, es conveniente que se elaboren estas fichas para que al pasar el grado a otro colega,

éste tenga, desde el principio, una visión de las almas que debe moldear para el bien y el amor a Dios.

Los principales tests serán el de Intelligencia (Binet y Simon); el de Imaginación (manchas, situaciones difíciles, dibujo); el de Memoria (Hamburgo, Janet Binet, Ollira); el de juicio y raciocinio (combinaciones de Neumann, Método de Whipple, absurdos verbales, de Moragas, etc.).

Otro elemento indispensable en la escuela activa son las tarjetas didácticas. Por medio de ellas cada alumno, aparentemente solo, ya que siempre es dirigido por el maestro, resolverá todas las cuestiones, poniendo todo de sí mismo e interesándose por las materias. Así, puede comenzarse con el tarjetero matemático, haciendo series de problemas y ejercicios de una misma dificultad. Luego el tarjetero de lenguaje y por último el de desenvolvimiento. Se presentará por separado y en distintos días, y gradualmente se acostumbrará el educando a trabajar en todas las horas con tarjetas. Una vez logrado esto, se puede en una sola tarjeta enunciar el trabajo individual del día, y al finalizar el año se tendrá formado el fichero que desarrolla todos los puntos del programa. Son muchas las ideas que se pueden dar para este interesante trabajo pero me limito a un bosquejo general.

Otras iniciativas que movilizan la escuela serían: el periódico (impreso o mural), las noticias argentinas, el rincón artístico, el servicio meteorológico y el cinematógrafo, la huerta, el jardín, la banda rítmica y el club deportivo.

En fin, mucha es la labor de un maestro de escuela, un maestro como dijo Calzetti "con vocación, entusiasmo, optimismo y fe". Un maestro que confíe en el porvenir venturoso de la patria, y ponga sus ojos esperanzados en los niños de su escuela, enseñando con el corazón.

NOEMI ALICIA ITCHART.

#### ALFARERÍA AMERICANA

De México se conocen variadas y ricas cerámicas, como las de Amaténango, Tehuantepec, Juchitán, Ixtaltepec, Coyotepec, Atzompa, Ocatlán, Chillico, Acatlán, Matamoros, Huaquechula, Tollimán, Tepakán, Tikul, Metepec, Tecomatepec, Sta. Fe de la Laguna, Tzintzuntzan, Patambán, Ocumitchio, Tlaquepaque, Tonalá, San Andrés, Sta. Cruz, Tatepoxco, amén de más de cuatrocientos lugares donde se fabrican lozas vidriadas de diversos estilos. Los últimos cinco lugares mencionados, ubicados en el Valle de Atemajac (Jalisco), representan a más de veinte mil alfareros, entre hombres, mujeres y niños; fabrican más de ocho tipos diferentes de lozas y otros productos de alto valor artístico. La producción anual se calcula en más de 62 millones de pesos mexicanos (más de 5 millones de dólares).

Guatemala, es el único país de América que ha hecho una recolección completa de toda su cerámica moderna, que es sumamente rica en formas y decoraciones, la mayoría de un fuerte contenido artístico indígena o español del siglo XVI.

Aunque ya desapareció la llamada cerámica "plumbate" (probablemente de El Salvador), se fabrican otras cerámicas en el resto de Centroamérica.

No podemos dejar de mencionar aquí las famosas figuras de barro (toros, caballos y santos) de Pucará, en Perú, ni las curiosas réplicas en barro de la catedral de Ayacucho, en donde también se fabrican bues grabados de finísimas ornamentaciones, y la loza para uso doméstico que se expende en el tianguis de Canincunca (Cuzco).

En Bahía, Pernambuco y Santa Catalina, en el Brasil, se han fabricado cerámicas con influencia morisca y portuguesa (*moringues, talhas, ánforas, bilhas, alguidares, potes, quartinhas*). En el siglo actual, según de Acevedo, se ha revivido el diseño de la cerámica india de la Isla de Marajó. Sin duda los demás países sudamericanos tienen una gran riqueza alfarera, especialmente Ecuador, Bolivia y Chile.

En el Suroeste norteamericano se conserva una tradición artística entre los alfareros que pocas veces se

encuentra en otros lugares del Continente, al grado de que, apoyándose en el estudio de colecciones, Mera ha podido analizar los cambios de estilo desde el siglo XVI hasta el XIX.

Es evidente que la alfarería americana como arte perdió su expresión escultórica por las prohibiciones relacionadas con la hechura de "ídolos". Esta inmolación al celo religioso fue innecesaria. Por causas que no conocemos el alfarero indio no aceptó el torno del alfarero español. Continuó usando sus viejas técnicas, unas indudablemente muy adelantadas como el moldeado, otras muy primitivas como la conformación a mano de cada pieza haciendo girar el barro sobre un plato y éste sobre una tabla para darle forma con la mano.

Surge la pregunta de ¿por qué el vidriado tuvo tan buena acogida mientras que el torno apenas si se ha usado para fabricar algunas de las piezas de loza de origen europeo?

Puesto que ambas aportaciones técnicas son importantes, cualquier respuesta resulta incongruente, a menos que haya razones de orden técnico que necesiten ser dilucidadas por medio de estudios especiales.

Por cuanto a formas y decoraciones, poco fue lo que el alfarero aprovechó de la alfarería española. Se concretó a aceptar lo útil y fabricable dentro de sus sistemas normales de trabajo. Es evidente que el español haya puesto empeño en trabajar con el alfarero indio, ante todo porque necesitaba de su trabajo y colaboración para todos los materiales de construcción: ladrillo, tabique, azulejos, teja, ladrillo para pisos, techos y azoteas.

Las importaciones de loza española no pudieron ser cuantiosas por la fragilidad, volumen y poco valor como cargamento comercial frente a otras mercaderías más valiosas y con un comercio más remunerativo. Esto hizo que el español primero y el resto de la población dependieran fundamentalmente del alfarero local para cubrir sus necesidades. Pocos fueron los ricos e influyentes que dependieron exclusivamente de la importación de la loza española o portuguesa para atender a sus necesidades.

DANIEL F. RUBIN de la BORBOLLA.

*Las artes populares indígenas de América, supervivencia y fomento.*  
"América indígena". Vol. XIX. No 1, México, 1959.

SEGUNDO CONGRESO INTERNACIONAL POR EL LATÍN VIVO

¡Aviñón! Nada más que al pronunciar el nombre se multiplican las visiones en la evocación: el puente cuyo nombre repetíamos alterado en las rondas de nuestra infancia; el Ródano con su impetuosidad de animal bravo; Nuestra Señora des-doms allá, en la altura donde sopla colérico el mistral burlándose de quienes pretenden desafiario; el palacio de los Papas recordando en el cielo azul las líneas imponentes de sus murallas góticas... Y como nada hay más vivo y que dé más lecciones de futuro que las viejas piedras, en ese antiguo palacio renueva, año tras año, el arte moderno al teatro francés y allí también se realizó en septiembre de 1956, un Congreso originalísimo del que dio cuenta entonces, aquí, del otro lado del mundo, la *Revista de Educación*.

En los dos años corridos, se mide ya el alcance y los resultados de aquel magnífico esfuerzo. En el momento mismo empezaron, por lo demás, a experimentarse sorpresas. Habían calculado los organizadores que llegarían unos sesenta congresales. Vieron reunirse a doscientos veinte, que representaban a veintidós países. Hombres de ambientes muy distintos, traían de la diversidad de tareas, diversidad de sugerencias y de puntos de vista. Pero el entusiasmo que había logrado arrancarlos momentáneamente a sus ocupaciones habituales abocándolos a considerar un tema de interés común contribuyó, sin duda, a que obtuvieran importantes acuerdos. Una grave preocupación fundamentaba ese movimiento de intelectuales que buscaba, en la reunión, una solución: Los científicos se sienten cada vez más alarmados por la cantidad de lenguas modernas en que se publican trabajos destacados y que resulta así casi indispensable conocer para "estar al día". ¿Cómo hallar solución a esta Babel moderna que levanta infranqueables barreras entre los hombres de buena voluntad que buscan el acercamiento? De nuevo claman los sabios por una lengua universal. Los esfuerzos tentados para establecer una, no parecen haber llegado muy lejos y las miradas se vuelven de nuevo al latín, a ese fecundo latín que realizó, ya hace siglos, la unidad del mundo.

Pero para que el latín sirva de nuevo para intercambiar ideas, es necesario sentirlo *vivo*, es necesario que los jóvenes vuelvan a él. Y ocurre que los jóvenes, sin duda por torpeza o desidia de los "viejos", no ven en el latín más que pesada carga inútil y, sobre todo, de agrio acercamiento. ¿Cómo mostrarles de nuevo lo que tan magníficamente expresó San Jerónimo: "el dulce fruto de la amarga raíz del estudio de las lenguas"?... Debe revelarse a la juventud toda la vida que aún palpita en esta lengua muerta. Pero ha de empezarse por demostrarle que el acceso a ese tesoro un tanto olvidado pero real, puede ser ameno. Hay que simplificar la gramática, unificar la pronunciación, aplicar al latín los métodos de enseñanza que se utilizan en las otras lenguas y actualizarlo, además, con la introducción de neologismos indispensables. De esto trataron los congresales reunidos en Aviñón en 1956. Las Actas del Congreso dieron cuenta de las discusiones y los resultados a que se llegó. Para que todo no se olvidara demasiado pronto, para que no se aflojaran los lazos tendidos entonces, uno de los organizadores, E. Théodore-Aubanel fundó una sociedad: *Vita Latina* e inició la publicación de una hermosa revista así también llamada.

Y como el interés se sigue mostrando efectivo, como se le ve ir en aumento, ha parecido que, ante perspectivas renovadas, ha llegado el momento de una nueva reunión. Se llevará a cabo en Lyon, del 8 al 10 de setiembre del corriente año. La ciudad de Francia elegida esta vez está íntimamente unida a un pasado romano. De la magnífica Lugdunum subsisten aún las ruinas de sus teatros y su visita constituirá por cierto, para los nuevos congresales, una distracción y una lección de cosas.

El tema general fijado es: *El latín, medio de intercambio*. Para tratarlo ordenadamente se han dividido las dificultades:

1. El latín, medio de comunicación en el mundo de las ciencias.
2. El latín, medio de comunicación en el dominio de las humanidades.
3. El latín, ocasión y medio de acercamiento entre los jóvenes en el plano nacional e internacional.

Desde Buenos Aires, desde tan lejos, no parece posible que ninguno de los nuestros pueda asistir a las deliberaciones; nadie podrá hacer oír nuestra voz en tan importante asamblea. Pero no dejará nuestra inquietud de estar presente en ella, de reunirse a quienes tratan proyectos y aspiraciones que tanto pueden influir para estructurar el mundo de mañana.

MARIA TERESA MATORANA.

#### AMEGHINO: EL HOMBRE

El hombre que fue Florentino Ameghino se encuentra antes y después del genio. Su obra de apasionado estudioso —en el plano estricto de la especulación científica— escapa al común denominador. No penetra en ella. Hasta diríamos que no le corresponde. Está más allá de su frecuentación devota y ciudadana. Mas, lo cierto es que su vida, y el modo de comportarse entre los hombres, y su magnífica lección de dignidad, son actitudes que fraguan una personalidad entera y total y que, por lo mismo, corresponden a la historia.

Florentino Ameghino fue algo más que un genio. El genio no trasciende por sí solo el alma colectiva. Es que la persona civil —sus sentimientos, sus reacciones, sus sueños— marca el tránsito de un hombre que no entendió la ciencia como una faena que negaba la frecuentación cotidiana de los seres y las cosas. Él estuvo en todo aquello que correspondía al hombre. Y el crimen, y la injusticia, y la bellaquería encendieron la pura protesta del ser. Porque el genio no era en Florentino Ameghino un salvoconducto para eludir sus obligaciones con la solidaridad humana. El estuvo metido hasta el tuétano en todos los conflictos sociales. Y si guardó fidelidad para sus convicciones liberales, lo cierto es que en el plano de su propia independencia, entendió que su responsabilidad se hallaba con la verdad. Y, por eso mismo, jamás faltó a sus deberes para con ella.

Y lo que se nos echa encima, justamente, al examinar menudos aspectos de su vida múltiple, son los testimonios de su conducta formidable. Se dirá que eso no tiene implicancia con la función del genio. Que el genio actúa

por reacciones que le son propias. Quizá. Mas, Florentino Ameghino no comprendió enteramente —o no lo quiso comprender— al genio que iba con él. Fue, fundamentalmente, un trabajador. Así nos lo muestra Alfredo J. Torcelli. Trabajador puesto al servicio de sus propias necesidades espirituales y, por eso mismo, al servicio de la cultura universal. Porque tal es el rango ilustre de un hombre que, como lo señala el profesor Joaquín Frenguelli, al recoger la gráfica expresión de un peón: "no era hijo de un zapatero, sino de un remendón..." Aquel "juntador de huesos" —"el loco de los güesos"—, o el librero modesto de "El Glyptodon", multiplicaba no su riqueza sino el campo de sus conocimientos. Hurgaba en los secretos de la tierra para hacer la luz en los cerebros. Y lo logró su genio. Y tal cosa fue posible, porque no se detuvo allí donde se queda la vanidad docente. El anduvo a contrapelo de los hábitos y los profesionalismos. Actuó como un jornalero. Porque la pasión científica es una misión como cualquier otra, que exige honradez. Y quien no lo entiende así, estará en fraude consigo mismo y con la historia. No fue Florentino Ameghino un postulante de la gloria. Murió sin entender de esas mentirillas. Fue un jornalero de la verdad, de aquella verdad que se hallaba, insobornable, en el fondo de su conciencia. Como lo reclamaba Giordano Bruno, fue profundamente veraz. Y no podía serlo de otro modo, quien trabajaba para el hombre. Mejor aún: para el porvenir del hombre. "Ameghino —ha dicho Ingenieros— sólo confió en su fin y sus fuerzas, ignorando las artes del escalamiento y las industrias de la prosperidad material. En la ciencia buscó la verdad, tal como la concebía: ese afán le bastó para vivir. El genio no sabe acechar riquezas ni tiene alma de funcionario; Ameghino sobrelleva heroicamente su pobreza sin asaltar el presupuesto, sin vender su libro a los gobiernos, sin vivir de comisiones oficiales, sin acechar jubilaciones prematuras, ignorando la técnica de esa prosperidad que simula el mérito a la sombra del Estado. Fue y vivió como era, buscando la verdad y decidido a no torcer un milésimo de ella; el que puede contemporar con sus convicciones y rebajar sus doctrinas al nivel de las conveniencias no es, no puede ser nunca, absolutamente, un hombre genial".

Energico y decidido, Ameghino tuvo el orgullo de su soledad. Sabía que estaba totalmente solo. Solo porque el silencio es indispensable para el trabajo. Y solo otra vez, porque es el estado perfecto del hombre que tiene imaginación. El talento es una virtud que no se perdona. No podía, por eso mismo, prosperar el genio de Ameghino en el seno de una sociedad de rastacueros. "Se le atacaba —dice Angel Cabrera— porque traía ideas nuevas, porque no estaba de acuerdo con lo que los demás pensaban acerca del origen de la humanidad, porque era un evolucionista, sobre todo; en una palabra, porque era un revolucionario".

No es un problema, es una rémora. Lo sabían —para ese tiempo— Enrique Ibsen y Florencio Sánchez. "El hombre más fuerte es el que está más solo...", diría el noruego. Y Sánchez sentenciaba, en carta a un amigo: "Trabaje solo, para usted. Nadie le donará que tenga talento..." En un mundo así constituido, soñar es una actitud de empresa. Más heroica cuanto más intensa sea la pasión ensoñativa. Y en esa encrucijada, residió Ameghino. Niño aún, supo que una ansiedad profunda lo tiraba hacia adelante. No podía precisar la naturaleza de su impulso. Y, fiel al reclamo de la vocación, no tuvo conflictos para elegir su camino. Y lo recorrió ávidamente. Sin hesitaciones. Fue la suya una entrega sin arrepentimientos. Y aquel que marcha en demanda de lo que le corresponde —inventando su propia existencia— es forzoso que no repare en las creencias que destruye. O en los prejuicios que conmueve. O en la mediocridad que avasalla. Es el hombre en posesión de su vida, y cuyo acento madura en la experiencia.

La vida vale por su militancia. Militar es haber tomado una posición. Tal es el sentimiento de la responsabilidad para el hombre. Ameghino ocupó su trinchera. No la del sabio. ¿Sabio? La libertad le debe muy poco a los sabios, dijo Sarmiento. Ocupó una trinchera al lado de los hombres. No atomizó los problemas. Fue un jornalero más. Y, en la hondura de esa actitud cordial, debía sonarle a excesiva vanidad aquel verso de un poeta contemporáneo:

... todo hombre fue hombre en mi presencia...

No se propuso Ameghino ser la medida del hombre. Su existencia tuvo las proporciones que le suministró su

coraje civil. ¿Que creció en altitud? ¿Que fue una figura ejemplar? Esa fue la medida de un hombre dado que vivió de cara a la tormenta. Fue, a lo sumo, un modo de vivir. Un estilo de vida. Lo que trasciende, pues, no empequeñece al prójimo. Y como no tuvo el orgullo del genio, su acción fue un modo de participar en las luchas de la cultura en demanda de un tiempo feliz para todos.

La pasión científica hizo incurrir a Ameghino en algunas omisiones. Y así como caía en morosidad con respecto a su correspondencia podía olvidar, por ejemplo, el requerimiento de sus tareas docentes. La excursión por Europa fue ardua y plena de atractivos para quien debió aprender mucho en el menor tiempo posible. ¿La dirección de la escuela de Mercedes? Era menester de pan llevar. Es cierto. Mas, a la distancia —y en el trajín del estudioso— es fácil que olvidara los términos de la licencia. Y no podía ser preocupación para él, además, la seguridad de su puesto. ¿Cesante? No pensó en tamaño medida. Y, de haberlo pensado, tampoco habría anticipado su regreso.

Sin embargo, fue separado de su cargo. La medida no entrañó injusticia alguna. Estaba en la zona de la disciplina. ¿Que se pudo ser condescendiente con quien regresaba con una nombradía científica que alcanzaba a su patria? Sobre el lapso transcurrido, hallamos razonable una tolerancia oficial, que no habría relajado el concepto de la autoridad.

Medidas de tal naturaleza, no malograron en Ameghino el sentimiento de sus obligaciones. Voluntad de rara energía, se recobraba de inmediato porque sabía que todo lo suyo, iba consigo. Y como era una voluntad rebelde, su soberbia le impidió caer en la adulación y en el servilismo. Las circunstancias lo colocaban dentro de sí. En sí mismo. No como un ensimismado. Seguro de sus fuerzas, escuchó las voces que le urgían el cumplimiento de su deber. Y perfeccionó una vida completa y pareja. Márquez Miranda la llama "heroica". Tan heroica y tan magnífica como la de todo ser que quiere vivir en la plenitud de su genio y en la zona de la auténtica libertad. Es decir, una existencia común y anónima, signada por esa vislumbre histórica que da notoriedad al trabajador. El heroísmo de Ameghino fue exacta-

mente igual al de sus padres y hermanos: es el heroísmo indispensable para vivir con dignidad.

Florentino Ameghino no reparó en si aquella cesantía importaba una ingratitud. Los hombres sin voluntad suelen perderse por los vericuetos de las palabras. Él, en cambio, supo desde ese instante que debía emprender otras tareas. Que era, al fin de cuentas, lo que hacía todo hombre bien organizado, en parecidas circunstancias. ¿Que el Estado debía mantener a un sabio? Él era un hombre perfectamente dotado que, además, había frecuentado el conocimiento de ciencias incipientes en nuestro país. Y aquello era su vocación y lo que perfiló su genio iba a requerir una multiplicación en sus labores, y a ellas se entregó con renovado entusiasmo. Y en lugar de escribir cartas, por ejemplo, a algún figurón de la política contemporánea, solicitando empleo o dinero, solía decir a sus amigos: "Tiempo, tiempo, tiempo es lo que me falta; voluntad me sobra".

Debió cobrar su tiempo al tiempo, pues. Y ello se logra con entusiasmo, con virilidad, con amor, es decir, todo aquello que hace del hombre un ser optimista. El trabajo era su ámbito y su residencia. Y cuanto más se observa la aventura espiritual de Ameghino, se afirma la certidumbre de que no podemos quitarlo de su mundo de trabajo renovado. Y trasciende de ello —más allá de su genio y de su obra— que la obra del genio no es otra cosa que su puro trabajo. Que trabajar es lo distintivo del hombre. Que la libertad y la verdad, se defienden con el trabajo. Y en la hora de las recapitulaciones —sombras de dolor, aparte— consolaría a Ameghino el hecho de pensar que de él pudiera decirse, tal como lo hacía Márquez Miranda, que "Su diversión era el trabajo".

Y es, entonces, cuando el sabio nos pertenece en totalidad.

Y la propiedad, así establecida, no es más que el contraccanto de una actitud hidalga. En el trabajo están contenidas todas las posibilidades para la conquista de una personalidad. Su perfeccionamiento no es más que la fe que compromete. Kierkegaard —al decir de Martin Buber— no reconoce fe alguna que no comprometa. Establece de tal manera que el hombre ha de poseer una fe lo suficientemente heroica como para darle un sentido afirmativo a su existencia. De suerte que la vida por